



## AVISO LEGAL

Capítulo de libro: *José Vasconcelos, conferenciante en la Universidad de Chicago, durante su autoexilio (1926-1928)*

Autor del capítulo: Alatríste Guzmán, Oscar

Título del libro: *Retos del exilio y la migración en nuestra América*

Autores del libro: Santana, Adalberto; de la Mora, Rogelio; Molina Nieto, Erick Ulises; Peredo Castro, Francisco; Benítez Sierra, Sara Mariana; Alatríste Guzmán, Oscar; Castañeda García, Laura; Sena Sánchez, Margarita Isabel; Delgado Criado, Teresa; Sierra Kehoe, María de las Mercedes; Ranero Castro, Mayabel; Taboada, Hernán G. H.; Vargas Canales, Margarita Aurora; León Romero, Fernando; Cristóbal Ramírez, Grecia; Domínguez Guadarrama, Ricardo; Hernández Martínez, Jorge; Vázquez Ortiz, Yazmín Bárbara; Palomé Délano, Valentín; Cuevas Molina, Rafael; Massón Sena, Caridad.

Colaboradores del libro: Martínez Hidalgo, Irma (diseño y edición de interiores); Brutus H., Marie-Nicole (diseño de cubierta); Santana Hernández, Adalberto; Castañeda García, Laura (coordinadores).

ISBN del libro impreso: 978-607-30-9151-0

ISBN del libro en PDF: 978-607-30-9114-5

DOI del libro: <https://doi.org/10.22201/cialc.9786073091145e.2024>

Trabajo realizado gracias al Programa UNAM-PAPIIT AG400420

Forma sugerida de citar: Alatríste, O. (2024). *José Vasconcelos, conferenciante en la Universidad de Chicago, durante su autoexilio (1926-1928)*. En A. Santana y L. Castañeda (coords.). *Retos del exilio y la migración en nuestra América*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jsui/>

D.R. © 2024 Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.  
<https://cialc.unam.mx>  
Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## JOSÉ VASCONCELOS, CONFERENCIANTE EN LA UNIVERSIDAD DE CHICAGO, DURANTE SU AUTOEXILIO (1926-1928)

*Oscar Alatríste Guzmán*

Como parte de su segundo exilio voluntario, que duró de mayo de 1925 a diciembre de 1928, José Vasconcelos fue invitado a la Universidad de Chicago como conferenciante y maestro. En el presente ensayo, tenemos como objetivo hacer un recuento del principal contenido de las tres conferencias que impartió en esa institución durante el verano de 1926 y la que sustentó en el Chicago Council of Foreign Relations en mayo de 1927, y brindar información sobre otras actividades que llevó a cabo durante su estancia en Chicago (primavera de 1927 y primer semestre de 1928) que nos proporcionan información sobre otros aspectos de su pensamiento y autopercepción.

Consideramos que la Universidad de Chicago y el ambiente intelectual de la ciudad fueron espacios que le permitieron difundir libremente sus principales ideas filosóficas sobre su concepción del mestizaje y la raza cósmica, así como expresar sus ideas políticas y puntos de vista críticos sobre el gobierno del general Plutarco Elías Calles y dar a conocer su análisis y opiniones sobre los aspectos más relevantes de la relación México-Estados Unidos. Asimismo, creemos que fueron espacios que le brindaron las condiciones para continuar trabajando en sus artículos periodísticos y libros, como su *Metafísica*, y comprobar sus ideas críticas sobre la metodología de investigación de la sociología estadounidense.

Para lograr estos objetivos consultamos principalmente las conferencias publicadas en inglés (existe traducción de dos), sus memorias que incluyen esos años y que están publicadas en su libro *La tormenta*, algunos archivos de la Universidad de Chicago y fuentes secundarias.

Después de una brillante trayectoria como rector de la Universidad Nacional de México y como secretario de Educación Pública, José Vasconcelos se exilia voluntariamente, dejando un importante legado como educador y filósofo. Diversas circunstancias de orden político lo llevaron a renunciar a la Secretaría de Educación Pública en 1924. A principios de ese año, cuando tuvo lugar el asesinato del senador Francisco Field Jurado por oponerse a la ratificación de la Convención General de Reclamaciones, conocida como los “Tratados de Bucareli”, firmada entre México y Estados Unidos, por considerarla lesiva al país, comenzaba su decepción política con el régimen. Por otro lado, encontró una férrea oposición a su proyecto educativo por conducto de la Confederación Regional Obrera Mexicana, la cual presentó un programa educativo propio y opuesto al de Vasconcelos, situación que comprometía el apoyo que Álvaro Obregón le había brindado.

Aunado a lo anterior, era un año electoral y el presupuesto de la Secretaría de Educación Pública, que había sido muy cuantioso, se redujo considerablemente, cuestión que frenaba la continuación de su proyecto educativo. Además, le habían pedido manifestar abiertamente su apoyo al candidato “oficial” a la presidencia, el general Plutarco Elías Calles, lo que consideró inaceptable por contravenir sus convicciones políticas. El 30 de junio de 1924, Obregón le acepta su renuncia. Vasconcelos menciona que el motivo por el cual dejó ese cargo público residía en el haber aceptado la candidatura a gobernador de su estado natal, Oaxaca, en la que sufrió su primera “derrota” como candidato a ocupar un cargo público, lo que significó su separación definitiva del sistema, mas no de la política. Al volverse un claro opositor del callismo, fue criticado, señalado y perseguido por los nuevos funcionarios gubernamentales como uno de sus enemigos.

Ante tales circunstancias, optó por un nuevo exilio voluntario, que se extendió de mayo de 1925 a fines de 1928 y que no le impidió dedicarse a viajar, escribir, enseñar, al análisis filosófico y a la polémica. En la tercera parte de su autobiografía, *El desastre*,<sup>1</sup> da cuenta del itinerario que siguieron describiendo de forma íntima, interesante y detallada sus vivencias en Cuba, Portugal, España, Francia, Italia (1925-1926), Grecia, Turquía, Hungría,

Austria, nuevamente Italia y Francia (noviembre de 1925-1926), Puerto Rico, República Dominicana, Bélgica, Holanda, Egipto, Siria y Alemania.

El impacto en Latinoamérica y Europa de la Revolución mexicana (en la que participó), su papel como el primer rector de la Universidad Nacional de México y su importancia como creador de la reforma educativa que había llevado a cabo recientemente, aunado a los artículos periodísticos y escritos que había venido elaborando, como *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur* (publicado en 1925), lo habían convertido en un intelectual de mucho prestigio, lo que le permitió alternar sus recorridos con la impartición de conferencias y cursos en Europa, el Caribe y, sobre todo, en Estados Unidos. En este último país esos antecedentes causaron una grata e inquietante impresión en el medio universitario y de escritores. Académicos e intelectuales, ávidos de ser informados sobre lo que sucedía en otros países, a partir del verano de 1926 y hasta noviembre de 1928 lo invitaron como profesor universitario y como conferenciante en las universidades de Chicago, North Western, Columbia, Boston, de California en Los Ángeles, Stanford, Washington University, Seattle, Madison, en Iowa, en Indiana, en Cleveland, entre otras; actividades que alternaría con viajes fuera de este país. Vasconcelos pasaba a formar parte del naciente circuito de oradores destacados que las universidades estadounidenses invitaban con ese objetivo.

Fue invitado en el verano de 1926 por primera vez a una universidad de Estados Unidos, a la Universidad de Chicago, una de las instituciones de educación superior más prestigiosas de ese país, a impartir varias conferencias y a dar clases. Permaneció en esta ciudad menos de un año: unas semanas en el verano de 1926, invitado por la Harris Foundation,<sup>2</sup> cuando dictó tres conferencias; luego cuando impartió un cursillo en la primavera de 1927 (abril a junio),<sup>3</sup> también, este año ofreció otra conferencia, aunque no para la Universidad de Chicago, sino para el Council on Foreign Relations (15 de mayo).<sup>4</sup> Vasconcelos dictó las cuatro conferencias en inglés, lengua en la que fueron publicadas por The University of Chicago Press. Posteriormente, fue profesor en el semestre enero-junio de 1928.<sup>5</sup> De tal modo que su estancia en Chicago fue una parte de ese segundo exilio que duró tres años y medio.

La Universidad de Chicago le extendió la invitación porque era una de las personas que estaban “completamente familiarizadas con las condiciones y el

estado de la opinión pública en el área del mundo bajo el que se debatiera alguna fase de las relaciones internacionales de interés actual”, y con “el doble objetivo de llegar al público en general y a los líderes de la opinión pública”.<sup>6</sup>

Vasconcelos aceptó radicar en esa ciudad y trabajar en la Universidad de Chicago porque eran espacios intelectuales de vanguardia en lo que a las ciencias sociales se refiere, y en los que podía difundir libremente sus ideas filosóficas principales del momento sobre su concepción del mestizaje y la raza cósmica, expresar sus ideas políticas (en especial sus puntos de vista críticos sobre el gobierno del general Calles) y dar a conocer su análisis sobre los aspectos más relevantes de las relaciones México-Estados Unidos.

La ciudad a la que llegó Vasconcelos se caracterizaba por ser una de las más grandes urbes estadounidenses, con una población de unos cuatro millones de habitantes<sup>7</sup> y con un gran desarrollo industrial, destacando la producción del acero y la de los alimentos; la ciudad era el centro de múltiples redes de transporte, tanto por vía lacustre con el Atlántico, como por vía fluvial hasta el Golfo de México y por vía terrestre, al convertirse en eje fundamental del extenso entramado de vías férreas que conectaba Estados Unidos, México y Canadá.

También se caracterizaba por ser una receptora de migrantes, tales eran los casos de la masiva inmigración doméstica (especialmente de población negra del sur) y de la internacional (europea y, en menor medida, asiática; a partir de fines del siglo XIX y sobre todo durante la segunda década del siglo XX, será la mexicana, única latina entonces)<sup>8</sup> que llegaban como fuerza de trabajo que requería la industria, cuyo crecimiento, de hecho, determinaba el desarrollo físico de la ciudad en sí misma, creando el espacio para las zonas de comercio y fábricas, y canalizando la expansión de los barrios residenciales. Chicago se había convertido en el modelo mundial de rápido desarrollo industrial y urbano, aunque con consecuencias sociales lastimosas, como era el caso de los vecindarios de los trabajadores, cuya diversidad cultural sufría la contaminación industrial, las aglomeraciones, la pobreza y la diversidad cultural.

La ciudad industrial fue generando grandes fortunas, cuyos dueños volcaron parte de éstas en donaciones, junto con inversiones gubernamentales, para la creación de instituciones culturales, educativas y de investigación, de tal manera que Chicago se volvió la sede de un nuevo

polo de desarrollo intelectual. En 1890, se creó la Universidad de Chicago, la cual, junto con la Universidad de Columbia, contaba con los científicos sociales que crearon lo que hoy entendemos por sociología, economía, antropología, etnología, trabajo social y psicología.

Mauricio Tenorio y Laurencio Sanguino<sup>2</sup> destacan que, independientemente de la economía, eran cuatro grandes campos intelectuales, morales y políticos que confluían en la Universidad de Chicago entre 1900 y 1930: por un lado, el que correspondía al de la síntesis de religión, trabajo social y ciencia (sociología, higiene, administración, pedagogía), concretizado en la Hull House,<sup>10</sup> la cual estaba ubicada en la zona conocida como Near West Side, una de las primeras áreas de asentamiento de inmigrantes europeos y de las más pobres en la ciudad, que comprendía unas dos millas cuadradas donde vivían en 1930 unos 150 000 habitantes, prácticamente todos extranjeros,<sup>11</sup> de los cuales, según los resultados de la investigación de Kerr,<sup>12</sup> la población mexicana en 1928 ascendía a cerca de 7 000 personas. En la década de 1920, la Hull House tenía un gran reconocimiento por la amplia gama de servicios que ofrecía: una clínica para el cuidado médico, salas de juntas para grupos de trabajo, renta de cuartos para varias actividades y acceso a los comedores y salones para debates; además de promover una amplia gama de programas culturales y de creación artesanal, con lo cual fomentó la diversidad cultural entre inmigrantes. La Hull House incorporó un amplio espectro de programas de actividades sociales y educativas para todos los habitantes del barrio, incluidos cursos de idioma, de civismo y otros temas relacionados dirigidos a completar el proceso de naturalización.<sup>13</sup>

La segunda, continúan Tenorio y Sanguino, es “el surgimiento de una filosofía estadounidense, “es decir, la suma pragmática como filosofía aplicable a la ciencia, a la política y a la vida cívica. Una suerte de teoría secular del bien basada en la experiencia, la contingencia diaria, las verdades de momento (‘pragmáticas’) y la formulación y resolución de problemas [...]”,<sup>14</sup> filosofía que siguieron los fundadores de la llamada escuela sociológica de Chicago. El tercer campo se caracterizó por “el surgimiento de una generación de poetas, novelistas, periodistas y publicistas desencantados de la modernidad y que lo mismo reportaban sobre la vida y la situación de los arrabales urbanos que escribían poemas antiurbanos y nostálgicos”;<sup>15</sup> y, el cuarto, la vocación en la década de los veinte del siglo

pasado del Departamento de Sociología-Antropología (alojado en el Social Sciences Building) de la Universidad de Chicago para estudiar ciudades, comunidades rurales, problemas raciales, civilizaciones indígenas e inmigrantes, siguiendo “sobre todo la investigación sociológica de campo, las historias de vida elaboradas a partir de entrevistas, la acumulación de información estadística y, muy importante, la categoría espacial de los problemas sociales. Esto es, entrevistas, números y mapas. Se quería una ciencia objetiva [...]”,<sup>16</sup> con profesores como Albin W. Small, Robert Park, Ernest W. Burges, W. I. Thomas, George Herbert Mead, Charles E. Merriam, Robert C. Jones y, en su momento, Fay Copper-Cole y Robert Redfield. Este departamento es el cénit que sintetiza la influencia religiosa, modernista y pragmática, de ahí su importancia y larga vida.<sup>17</sup>

A la luz de los acontecimientos mundiales de las últimas dos décadas, otras inquietudes académicas importantes que se encontraban en el ambiente de las discusiones en las universidades estadounidenses eran el surgimiento de los regímenes autoritarios en Europa, las relaciones internacionales y la conducción de la diplomacia. Asimismo, al interior de la sociedad estadounidense preocupaba su rápida transformación, la fragmentación creciente del cuerpo social, la duda de algunos, señala José Antonio Aguilar Rivera,

de la capacidad del sistema político para integrar a los nuevos actores. Si bien había un consenso sobre el valor normativo de la democracia, los hechos parecían refutarla a diario. La realidad, sin embargo, no podía negarse. Por el contrario, era necesario estudiarla. La ciencia se presentaba, en este contexto, como un recurso que serviría no sólo para dar cuenta de los descabros del ideal democrático sino también para acercar la práctica a la teoría.<sup>18</sup>

La ciudad a la que llegó Vasconcelos en 1926 se caracterizaba, además de ser una gran urbe industrial, entre otras cuestiones, por ser un espacio donde confluían inmigrantes trabajadores de diversas partes del mundo, varios de los cuales ya estaban siendo estudiados por los profesores del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago; era una ciudad que se había convertido en el laboratorio de esas ciencias sociales con sus nuevos enfoques y, como ya vimos, la comunidad mexicana era en ese entonces uno de sus objetos de estudio.

Es en este medio que Vasconcelos confirmó y complementó ideas trabajadas poco antes de su llegada a Chicago, que produjo nuevas y dio a

conocer sus muy personales puntos de vista filosóficos, sociológicos y políticos. Estas ideas quedaron plasmadas en las conferencias que impartió y en sus memorias.

Vasconcelos, junto con Manuel Gamio y Moisés Sáenz, al lado del profesor Herbert I. Priestley, del Departamento de Historia de la Universidad de California, y autor de *La historia nacional mexicana*,<sup>19</sup> fue invitado a participar en el Mandel Hall en el tercer Institute correspondiente al verano de 1926. Las ponencias de los cuatro conferenciantes fueron publicadas en dos tomos por The University of Chicago Press, el primero con los ensayos de Vasconcelos y Gamio, denominado *Aspects of Mexican Civilization*,<sup>20</sup> y el segundo con los de Sáenz y Priestley, titulado *Some Mexican Problems*.<sup>21</sup> Bajo el título de *The Latin-American Basis of Mexican Civilization*, Vasconcelos dictó tres conferencias: “I. Similarity and Contrast”, “II. Democracy in Latin America” y “III. The Race Problem in Latin America”.<sup>22</sup>

Vasconcelos recibió una invitación del Chicago Council of Foreign Relations para impartir una conferencia como parte de un ciclo de ponencias sobre la política estadounidense hacia México, que serían publicadas por la Universidad de Chicago en septiembre de 1928, tituladas *American Policies Abroad. Mexico*, como parte inicial de una serie de volúmenes sobre la política exterior estadounidense. Formaron el volumen las conferencias de J. Fred Rippy “The United States and Mexico, 1910-1927”, de José Vasconcelos, “A Mexican’s Point of View” y de Guy Stevens, “An American’s Point of View”.<sup>23</sup>

Era la primera vez que Vasconcelos dictaba conferencias en una universidad estadounidense. En las tres primeras conferencias, Vasconcelos abordó temas fundamentales vinculados a los que había estado reflexionando, escribiendo y publicando últimamente sobre la raza y la cultura en Iberoamérica, como fueron los casos de *La raza cósmica* (publicado en 1925), en el cual considera a América Latina como la sede del mestizaje universal que habría de dar lugar a la raza humana definitiva y a una nueva civilización mundial, e *Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana*, libro que estructuró y publicó en 1926,<sup>24</sup> en el que explica cómo, a pesar del doloroso contraste entre los atrasados países hispánicos y la triunfante Norteamérica, y del prepotente intervencionismo



estadounidense, la cultura anglosajona, junto con la latina, va incluida en el proyecto civilizador que él vislumbraba para el continente.

En la primera de las conferencias, “I. Similarity and Contrast” (“Similitud y contraste”), explica las más notorias características de México: “la diferencia extrema en la apariencia de los habitantes, en la naturaleza del suelo, en el clima de las secciones cercanas, diferencias abismales en el pensamiento de la gente y en el paisaje del país una coexistencia de tipos humanos diferentes en sangre, tradición racial y hábitos”.<sup>25</sup> De acuerdo con Vasconcelos, México es una tierra donde el proceso de la historia ha sido de destrucción continua y sustitución de culturas en lugar del crecimiento y evolución regular de un periodo a otro, y donde existe “un conjunto de razas que aún no se han mezclado por completo”.<sup>26</sup> Luego, enfatiza en las diferencias sociales abismales del país, como una condición que no había cambiado desde la época colonial, así ya lo había notado el Barón de Humboldt hacía poco más de un siglo, cuando escribió que “México es el país de la desigualdad. Acaso en ninguna parte la hay más espantosa en la distribución de las fortunas, civilización, cultivo de la tierra y población”,<sup>27</sup> Vasconcelos señalaba que “Los niveles de vida también se multiplican y coexisten, desde la riqueza y el refinamiento hasta la absoluta miseria y carencia”.<sup>28</sup>

Como quiera, existe una profunda e importante diferencia entre la gente de la América anglosajona y la de América Latina, que es mucho más importante porque es una diferencia de índole espiritual.<sup>29</sup> Siendo así, y a pesar de sus críticas a Estados Unidos por intervencionista y su protestantismo, Vasconcelos le da entrada a los anglosajones en la “construcción de una civilización fuerte y poderosa del Nuevo Mundo sin intentar imponer un tipo de civilización sobre la otra, sin intentar siquiera argumentar cuál es la mejor, si la latina o la anglosajona; pues ambos son útiles, y quizás ambos son indispensables para el poder y la gloria presentes y futuros del continente”,<sup>30</sup> es más, puntualiza Vasconcelos: “El hecho de que este continente esté dividido entre anglosajones y latinos debe considerarse entonces como una bendición; porque todos anhelamos un mundo espiritual más elevado y rico, y sólo a través del trabajo de los grupos de personas dotados de singularidad que un verdadero tipo de civilización que todo lo abarque puede cobrar vida”.<sup>31</sup>

En la segunda conferencia, “II. Democracy in Latin America” (“Democracia en América Latina”), desde el primer momento señaló que su objetivo era “presentar algunas sugerencias para contradecir la opinión de aquellos que constantemente hablan de la mano de hierro y la fuerte regla del hombre que se supone que logra el éxito en nuestros más atrasados países latinoamericanos”.<sup>32</sup> Una de sus primeras aseveraciones es que ni las mismas revoluciones logran terminar con este tipo de “dictador prolongado”, pues ellas traen “nuevamente al poder al cacique revolucionario victorioso”,<sup>33</sup> situación que hace que la misma democracia sea regañada y ridiculizada, sólo para servir mejor a los vergonzosos intereses del gobierno de un solo hombre. Sin embargo, aconseja rescatar el principio de la forma democrática de gobierno, que es uno de los más esenciales.

México era el mejor ejemplo de una situación así en ese momento, cuando los últimos gobernantes habían intentado imitar los métodos de gobierno de un solo hombre, Porfirio Díaz, en lugar de la doctrina democrática de Madero.

Una situación contraria, favorable a la democracia, fue la comprensión del problema del desarrollo social y la actuación del estadista y escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento; éste erradicó el militarismo y luego “logró hacerse con el control, primero, del movimiento educativo de su país, luego, de pleno poder al convertirse en presidente de Argentina. Entonces Sarmiento, como presidente, logró llevar adelante la política esbozada en su novela años antes: la política de europeización de América Latina; la política de democratización de América Latina, frente a la política de los caudillos”.<sup>34</sup> Pero Vasconcelos enfatizaba: “Sarmiento era un hombre culto, un universitario, una de las luces de su siglo; y siempre hace falta un hombre así para reformar un país”.<sup>35</sup> No hay duda de que, con este ejemplo, Vasconcelos se estaba proyectando en particular hacia el futuro en México y, en general, hacia el resto de Latinoamérica, pues estaba convencido de que “las naciones latinoamericanas están comprometidas en el alma al ideal democrático de libertad e igualdad, que es la única base de cualquier forma de arreglo social verdaderamente civilizado”.<sup>36</sup> Concluía: “Sólo a través de la democracia se resolverán todos nuestros problemas; ningún otro sistema de gobierno ha tenido éxito en ningún otro lugar [...]. La democracia es la única forma de gobierno adecuada para cualquier país del Nuevo Mundo”.<sup>37</sup>

En la tercera conferencia, “III. The Race Problem in Latin America” (“El problema racial en América Latina”), comienza explicando la riqueza del mestizaje latinoamericano desde la llegada de los españoles y comparándolo con el de América del Norte, que fue muy diferente, ya que no fue una invasión, al menos no una invasión repentina y arrolladora, sino una larga penetración del territorio sin conservación de la población nativa y, en consecuencia, sin contacto social ni cualquier otra relación con el indio. Esto llevó, según Vasconcelos, a la consideración de que la civilización estadounidense era “blanca”, aunque formaran parte de ella otros grupos raciales como los “negros”, pero diferentes como partes de sí misma y, por regla general, no se casaban con ellas. Mientras que la latina era “una civilización que desde el principio aceptó un arreglo social mezclado no sólo como un hecho sino a través de la ley”,<sup>38</sup> tanto con indígenas como con los negros.

Continuando con su visión de la raza cósmica, explicaba Vasconcelos que el mestizo representa un elemento completamente nuevo en la historia, pues “no puede volver completamente a sus padres porque no es exactamente como ninguno de sus antepasados; y al no poder conectarse plenamente con el pasado, el mestizo siempre se dirige hacia el futuro”,<sup>39</sup> y considerando que el mestizo es el elemento dominante del continente latinoamericano, decía Vasconcelos: “No nos queda nada por hacer más que seguir la tradición española de eliminar el prejuicio del color, el prejuicio de la raza en todos nuestros procedimientos sociales”.<sup>40</sup> Y concluye:

Encuentro en estos rasgos la esperanza de que el mestizo produzca una civilización más universal en su tendencia que cualquier otra raza del pasado. Ya sea por nuestro temperamento o porque no poseemos una tradición nacional muy fuerte, lo cierto es que nuestra gente es entusiasta y apta para comprender e interpretar los tipos humanos más contradictorios. Sentimos la necesidad de expresar la vida a través de muchos canales, a través de mil canales; no somos adictos a la tradición local ni a la europea, pero deseamos conocer y probar todo: Oriente y Occidente, Norte y Sur. Una pluralidad de emociones, un deseo casi loco de probarlo todo y de vivir la vida desde todos los puntos de vista y todas las formas de experiencia sensorial; quizás somos más universales en sentimiento que cualquier otra gente.<sup>41</sup>

En alusión a la política racial que había caracterizado a los anglosajones de no mezclarse con otras razas (en el fondo incluidos los pobladores de Estados Unidos) y a la creencia de algunos latinoamericanos (incluidos los argentinos) que favorecían la eliminación de la cepa autóctona, Vasconcelos

las consideraba como un caso de cobardía, pues “la llamada teoría de la raza pura no es más que la teoría de los pueblos dominantes de cada periodo de la historia [...]. Si observamos con precisión la naturaleza humana, encontramos que la hibridación en el hombre, así como en las plantas, tiende a producir mejores tipos y tiende a rejuvenecer aquellos tipos que se han vuelto estáticos”.<sup>42</sup> De aquí que Vasconcelos estuviera convencido de que: “Amplitud, universalidad de sentimiento y pensamiento, para cumplir con la misión de reunir a todas las razas de la tierra y con el propósito de crear un nuevo tipo de civilización es, creo, el ideal que nos daría en América Latina fuerza y visión”.<sup>43</sup> Y más adelante afirmaba que

Nuestra lucha es, en cierto modo, la lucha del futuro, porque cada día la humanidad entrará en contacto cada vez más, y las mezclas de todo tipo de sangre, pensamiento y sentimiento seguirán aumentando, y con ellos los fenómenos y los problemas del “mestizaje” (de la mezcla) se volverán universales [...]. En cierto modo, el mundo está volviendo a la confusión de Babel, y vendrá un largo periodo en el que la mezcla, o lo que llamamos “mestizaje”, será la regla.<sup>44</sup>

Con estas convicciones, Vasconcelos refutaba las ideas evolucionistas de la escuela de Spencer que afirman que el tipo híbrido era un tipo degenerado y las de la teoría semicientífica de la supervivencia y predominio de los más aptos. Por ello, explicaba que en México había comenzado a predicar el “evangelio del mestizo” tratando de inculcar en las mentes de la nueva raza una conciencia de su misión como constructores de conceptos de vida completamente nuevos, pues aquel tipo de ciencia había sido creada para justificar los objetivos del conquistador y del imperialista; eran simplemente la justificación intelectual de las fatalidades de la conquista y de la codicia comercial: la sustitución del darwinismo por el mendelismo en nuestra filosofía biológica.

Como poco simpatizante del protestantismo y fiel cristiano, Vasconcelos concluía su evangelio del mestizo afirmando que

Para nosotros, sólo hay una política racial sólida y ésta es la política de antaño: la política del español y el cristiano que daban por sentado que todos somos potencialmente iguales y que estamos obligados a responder de manera diferente según la llamada que se hace sobre nosotros, cada uno con un tesoro que cobra vida en el momento adecuado en el momento de necesidad.<sup>45</sup>

Y remataba: “He dicho que la humanidad está volviendo a Babel y con esto quiero decir que el día de la civilización aislada ha terminado [...]. La

práctica de poner a trabajar a las llamadas razas inferiores en beneficio de los superiores tendrá que ser abandonada”.<sup>46</sup> Las diferencias, dice:

pueden resultar útiles e incluso agradables en el momento en que aprendemos a desarrollar una tarea en la que cada capacidad especial encuentra un propósito y una recompensa. Entonces prevalecerán las afinidades espirituales y las fantasías similares del gusto y la mente, y una vida superior se convertirá en el esfuerzo de la familia humana en su conjunto.<sup>47</sup>

El vínculo con las ideas plasmadas en sus dos obras del momento era evidente. En *La raza cósmica* llevó a cabo una poderosa crítica del racismo con el que, desde el siglo XVI, se había tratado de justificar la sumisión de los pueblos de América Latina frente a Europa y la América sajona. También consideraba que la América Latina era la sede del mestizaje universal que habría de dar lugar a la raza humana definitiva y a una nueva civilización mundial. Estos motivos son retomados y desarrollados creativamente en *Indología*, como el tema del contraste entre los atrasados países hispánicos y la triunfante Unión Americana y su intervencionismo y, cómo a pesar de ello la cultura anglosajona, junto con la latina, va incluida en el proyecto civilizador que él vislumbraba para el continente.

En su participación del 15 de mayo de 1927 con la conferencia “A Mexican’s Point of View” (“El punto de vista de un mexicano”), Vasconcelos hacía un recorrido de los momentos y circunstancias que delinearon las relaciones entre México y Estados Unidos desde el final del régimen de Porfirio Díaz hasta 1927. Revisando los principales momentos de las relaciones, Vasconcelos expresó su muy personal punto de vista sobre ellos, pero teniendo como marco de referencia la siguiente premisa: las relaciones entre ambos países durante la Revolución habían estado determinadas por la lucha entre dos fuerzas, dos corrientes de opinión: una a favor y otra en contra de nuestro país; por un lado, gran parte del público estadounidense que estaba a favor de la Revolución mexicana y, por el otro, un pequeño grupo de imperialistas (algunos miembros del gobierno e intereses especiales) que opinaba abiertamente que México no merecía la democracia, sino un dictador brutal, una mano de hierro, para reprimir a un país de mestizos y renegados.

Así, partiendo del fin del régimen de Porfirio Díaz, que marcó el clímax de la influencia estadounidense, cuando todo se americanizaba en el México de aquellos días, Vasconcelos mostró cómo durante la Revolución maderista

parte de la opinión pública de Estados Unidos apoyaba el levantamiento, y los inversionistas, en cambio, lo consideraban como un estallido de bandidaje que debería ser reprimido.

La simpatía hacia Madero no fue grata entre los estadounidenses residentes en México por “el fin del sistema de concesiones, la creciente independencia y el malestar de los trabajadores bajo la influencia de la revolución, y la impaciencia resultante de las condiciones de inestabilidad prolongadas”.<sup>48</sup> Desafortunadamente, al menos una parte de los mexicanos y estadounidenses (comerciantes y el embajador Henry Lane Wilson) se pusieron abiertamente del lado de los enemigos de la democracia mexicana.

Vasconcelos explicó que el golpe de Estado de Victoriano Huerta provocó dos reacciones distintas al interior del gobierno estadounidense: el no reconocimiento del gobierno golpista y el retiro del embajador Henry Lane Wilson por parte del recién electo presidente Woodrow Wilson —la prensa de Estados Unidos, aunque menos entusiasta que en los días de Madero, todavía era favorable a los ideales de los revolucionarios mexicanos— y, por otro lado, la del Departamento de Estado, que si bien ordenó la ocupación de Veracruz para impedir el arribo de armamento para Huerta, creó con ello la ocupación estadounidense de Veracruz, lo que no hizo ningún bien a la nación del norte ni a los intereses estadounidenses en México. Y aunque no contó con el presidente Wilson, el partido intervencionista no descansó un día en sus esfuerzos por imponer a México un dominio extranjero, favorable a los intereses adinerados que miraban a México simplemente como un campo de explotación. Sin embargo, concluía Vasconcelos, Wilson logró calmar y erradicar, al menos por un tiempo, el sentimiento antiyanqui.

El reconocimiento de Venustiano Carranza por parte de Wilson benefició definitivamente a los constitucionalistas, quienes, a partir de entonces, tuvieron el privilegio exclusivo de comprar armas y municiones en Estados Unidos, y pudieron reprimir a sus enemigos. Esto no evitó el ataque a Columbus por parte de Francisco Villa. Al respecto, según Vasconcelos, el presidente Wilson se comportó como un hombre honesto en sus propósitos y con sabiduría como líder del sentimiento público y no de los intervencionistas que veían en las acciones de Villa una excelente excusa para sus intenciones. “Wilson engañó a los intervencionistas y al mismo tiempo satisfizo a la opinión pública de su país, cuando inventó o aplicó muy acertadamente el nombre de ‘expedición punitiva’ a la incursión de

tropas estadounidenses que ordenó en territorio mexicano con el propósito específico de capturar a Villa para tratarlo como bandido”.<sup>49</sup> Según Vasconcelos, este caso había sido la prueba de la verdadera actitud del presidente Wilson hacia México, pues era evidente que frente a la situación más difícil hizo el menor daño posible.

Con la proclamación de la Constitución Política de 1917 y el posible cambio de gobierno en Washington, salieron a relucir nuevamente los intereses capitalistas más poderosos existentes en México: los de las petroleras que se convirtieron en campeonas de la oposición a toda la legislación social de México; consideraban a las leyes mexicanas como confiscatorias e indignantes. Y, desde entonces, decía Vasconcelos: “la historia de nuestras relaciones diplomáticas con Estados Unidos ha estado teñida de petróleo, complicada con la legislación y explotación petrolera”.<sup>50</sup>

Con el arribo de Obregón a la presidencia y la llegada al poder de una administración republicana en Estados Unidos, la nueva situación encontró a las compañías petroleras más fuertes que nunca; se aprovecharon del cambio de gobierno en ambos países para crear una situación que sería beneficiosa para sus intereses privados. A tal punto que durante unos tres años consiguieron retrasar el reconocimiento del gobierno de Obregón. Sin embargo, el reconocimiento llegó cuando el gobierno mexicano garantizó los intereses de los estadounidenses mediante los llamados acuerdos Pani-Warren y Payne, que preveían la creación de una comisión de reclamos para legar los daños sufridos a los ciudadanos estadounidenses durante la revolución, y para establecer ciertas reglas sobre la forma de indemnizar a los ciudadanos estadounidenses cuyas tierras habían sido afectadas como consecuencia de las recientes leyes agrarias.

Finalmente, durante el gobierno de Calles tuvieron lugar nuevas negociaciones entre el gobierno mexicano y los banqueros estadounidenses bajo la supervisión del Departamento de Estado, lo que indicaba la influencia de los grandes intereses en el gobierno. Y, bajo la amenaza de una ruptura en las relaciones internacionales, el gobierno de Calles se vio obligado a aceptar un acuerdo por el cual todos los intereses creados del vecino país recibían un plazo de cincuenta años que podía extenderse otros cincuenta años para la aplicación de las nuevas leyes sobre propiedad territorial y propiedad petroleras. El gobierno mexicano cedía ante los

intereses estadounidenses, la prórroga de cien años prácticamente anulaba los efectos de las leyes.

Al final de su reflexión, Vasconcelos vaticinó la situación que se presentaría un siglo después: “Al final de estos cien años, probablemente los pozos de petróleo se habrán agotado o el petróleo habrá dejado de ser de primera importancia para la industria. Esperamos que para entonces se hayan descubierto nuevas formas de producir combustible y energía”.<sup>51</sup>

Con lo expuesto por Vasconcelos en esta conferencia, daba muestras de su amplio conocimiento de los principales momentos, unos álgidos, otros menos tensos, que marcaron las relaciones entre ambos países durante la Revolución mexicana y los gobiernos de Obregón y Calles. Cabría destacar que por el foro en el que expuso sus reflexiones, Vasconcelos fue sutil y cuidadoso de no mostrar su antiimperialismo yanqui como lo había expresado en otras ocasiones: reconocía que una “gran parte” de los estadounidenses simpatizaba con México, con la Revolución mexicana, porque respetaban el derecho de los mexicanos a la libertad y al progreso, y que “sólo era un pequeño grupo” al que debía llamarse imperialista, porque consideraba que México no merecía la democracia. En la misma tónica, le decía a los ciudadanos de ese país que lo escuchaban que el nacionalismo mexicano no iba dirigido contra los intereses de su país, que la nueva legislación en materia de propiedad territorial podía algún día ser útil, incluso para el pequeño inversionista estadounidense que podría encontrar un hogar en México cuando su propio país estuviere sobrepoblado.

Vasconcelos concluía que la lucha continuaba entre las dos fuerzas: la de la democracia estadounidense, similar a la mexicana y simpatizante de México, y las oscuras del privilegio que no conocen a Dios, excepto la ventaja privada y el éxito personal. Finalmente, confía en que “En nuestros propios derechos y en los sentimientos honestos de la opinión pública estadounidense en general, depositamos nuestra confianza. Que podamos salvar no sólo la paz, sino también los mejores intereses de los pueblos de ambos países”.<sup>52</sup>

Las conferencias nos permiten apreciar a un Vasconcelos que reafirma y complementa sus ideas sobre la raza cósmica y su filosofía latinoamericanista, ampliándolas a un nivel en el que incluye a los países del norte anglosajón. Se muestra como un historiador reflexivo y cuidadoso en sus apreciaciones sobre el papel de Estados Unidos como país imperialista y



en sus relaciones con México, y en sus análisis sobre la dictadura y la democracia en América Latina; pero como un contundente crítico al tratar las figuras de Venustiano Carranza y Plutarco Elías Calles.

En resumen, en Chicago observamos a un Vasconcelos que madura y transmite sus convicciones ideológicas sobre los temas de la raza, su filosofía latinoamericanista, sus críticas a los gobernantes mexicanos y las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Durante su estancia en Chicago, Vasconcelos también aprovechó el tiempo para continuar escribiendo artículos periodísticos, en los que no dejó de externar su oposición al régimen militar-caudillista, y para trabajar en las bibliotecas textos como *Tratado de Metafísica*, la primera de las tres grandes obras filosóficas del autor, de gran significación dentro de la filosofía universal.

Aunado a esta actividad intelectual, en el tiempo que radicó en esa ciudad nos deja apreciar otras ideas y convicciones políticas, como las que externó en sus charlas con Jane Adams, directora de la Hull House, institución que contaba con una enorme reputación como centro de educación, ayuda e innovación social y artística dedicada a la clase obrera, especialmente a inmigrantes; y las que tienen que ver con la crítica a la metodología de investigación de la sociología estadounidense, con lo cual confirmaba su forma de estudiar los fenómenos sociales.

Vasconcelos no coincidía con Adams en cuanto a su apreciación del gobierno callista, pues le reprochaba la violencia de sus ataques al gobierno de México. Esta incompreensión la atribuía a su fondo protestante que, según Vasconcelos, la hacía indiferente a la persecución del católico. Pero, tal vez lo que más criticó de ella fue su irreligiosidad total y el estar de acuerdo con los métodos de las ciencias sociales que aplicaban quienes llevaban a cabo servicio social en la Hull House; decía Vasconcelos, “quizá tuvo fe y la había perdido y así se explicaba aquella frialdad de la casa Hull, centro de teorías sobre la caridad, más que obra caritativa”,<sup>53</sup> donde se llevaba a cabo el trabajo del *social service* por medio de los *surveys*. Decía Vasconcelos: “Todo se les va en estudiar la miseria y redactar informes, hacer mapas y estadísticas; eso es esfuerzo restado a la obra [...], es que la caridad hoy toma, como todo, aspecto científico; hay que metodizar, hay que organizar”.<sup>54</sup>

Otra manera como Vasconcelos expresaba su desacuerdo con los métodos de las ciencias sociales era a través de los “investigadores” que se habían formado en Estados Unidos y querían colaborar con el nuevo programa de educación. Recordaba Vasconcelos cuando era secretario de Educación:

el “investigador” procede también de permanencias cortas en Estados Unidos. Se dedica por allá a lo que las universidades llaman *research work*; pero *research* no en la física ni en la química, sino en las ciencias sociales y el servicio social o *social service*. Los de esta filiación constituyen una casta peligrosa que por lo común se apoya en políticos [...]. A mi departamento [...] se presentaban los *researchers* con piel de oveja, y casi siempre recomendados por don Ezequiel Chávez [...]. Cada *researcher* busca sueldo sin horas fijas de trabajo. Reclaman además de sueldo, viáticos para excursiones de objetivo vago. Y traen su sermón científico-religioso aprendido del *social service*. “Si no queríamos quedar fuera de la técnica moderna debíamos consumir una investigación científica de las condiciones que vive el pueblo bajo en las ciudades y el campesinado desvalido. Sin esos datos no es posible formular planes acertados”.<sup>55</sup>

El método de Vasconcelos era otro, era la “actividad creadora”, no el de recabar “informes” sobre las carencias y necesidades ya conocidas de los integrantes de una parte importante de las sociedades rural y urbana. “Lo que el país necesita es gente que sepa lo que hay que hacer y se dedique a ello con sinceridad”.<sup>56</sup>

Al término del contrato en la universidad<sup>57</sup> y de su experiencia en Chicago, Vasconcelos se dirigió a la costa oeste de Estados Unidos, donde permanecería el resto del año. Continuó desempeñándose como conferenciante y profesor universitario. Participó en un instituto internacional de educadores en la Universidad de Washington, en Seattle. También impartió un curso de verano en la Universidad de Stanford, California, y varias conferencias en la Universidad de California en Los Ángeles.

Entusiasmado por el buen recibimiento que tuvo en el medio académico tan exigente de Estados Unidos, regresó a México en 1929, cuando en el país ya se vivía una situación política diferente a la de 1925, año en que se exilió. Ya había tenido lugar en 1928 el asesinato del presidente reelecto Álvaro Obregón y gobernaba un presidente interino, el licenciado Emilio Portes Gil, un civil con quien parecía que en México se garantizaría la limpieza de las próximas elecciones presidenciales y comenzaría una etapa de gobiernos encabezados por civiles, situación que lo animó a regresar al país e intentar llegar a la presidencia. Sin embargo, la influencia del

expresidente Plutarco Elías Calles en la política nacional marcaría el fin de ese entusiasmo.

<sup>1</sup> José Vasconcelos, *El desastre* (México: Trillas, 2000).

<sup>2</sup> Quincy Wright, "The Harris Foundation on International Relations", *The University Record* XIII, núm. 2 (abril de 1927): 98-100.

<sup>3</sup> El Board of Trustees de la Universidad le extendió una contratación con el siguiente nombramiento: "José Vasconcelos, Lecturer in Hispanic American History in the Department of History, for the Spring Quarter, 1927", *The University Record* XIII, núm. 1 (enero de 1927): 35.

<sup>4</sup> Este consejo se estableció en 1922 como un foro neutral para involucrar a los habitantes de Chicago en discusiones públicas sobre asuntos exteriores que requerían la reevaluación de las políticas tradicionales y una mayor conciencia pública de los problemas de política exterior durante un periodo de aislacionismo en Estados Unidos después de la Primera Guerra Mundial. Para el logro de sus objetivos ha organizado reuniones periódicas y conferencias públicas con distinguidas personalidades y expertos internacionales. En septiembre de 2006 cambió su nombre a Chicago Council on Global Affairs. La información de esta organización se puede consultar en <<https://www.thechicagocouncil.org/about-us/our-history>>.

<sup>5</sup> Su contratación quedó registrada de la siguiente manera: "José Vasconcelos, Professorial Lecturer on American Hispanic History in the Department of History for the Winter and Spring Quarters 1928", *The University Record* XIII, núm. 3 (julio de 1927): 264.

<sup>6</sup> Wright, "The Harris Foundation...", 98.

<sup>7</sup> Véase U.S. Bureau of the Census, *Abstract of the Fifteenth Census of the United States* (Washington: U.S. Government Printing Office, 1933): 98.

<sup>8</sup> Estudiosos del fenómeno migratorio mexicano de la época estimaron que la población mexicana en el área de Chicago entre 1926 y 1930 era de entre 30 000 y 35 000 habitantes: Manuel Gamio, *Mexican Immigrants to the United States. A Study of Human Migration and Adjustment* (Chicago: The University of Chicago Press, 1930), 2, y Paul S. Taylor, *Mexican Labor in the United States: Chicago and the Calumet Region* (Berkeley: University of California Press, 1932), 49. Estudios más recientes consideran que la población en 1929 era de entre 20 000 y 25 000 mexicanos. Véase Gabriela F. Arredondo, *Mexican Chicago: Race, Identity, and Nation, 1916-1939* (Urbana: University of Illinois Press, 2008), 16. Para un estudio reciente, véase Oscar Alatríste Guzmán, "Origen y trayectoria de la primera migración mexicana a Chicago, 1890-1930", *Cuadernos Americanos* 33, núm. 2 (2019): 168.

<sup>9</sup> Mauricio Tenorio y Laurencio Sanguino, *Orígenes de una ciudad mexicana: Chicago y la ciencia del Mexican Problem (1900-1930)* (México: CIDE, 2007), 25.

<sup>10</sup> Se caracterizó por ser uno de los proyectos sociales reformadores más importantes e influyentes de finales del siglo XIX; fue fundada en 1889 por Jane Adams y Helen Gates Starr, con el apoyo de un grupo de educadores, intelectuales y artistas. En 1910, apunta Hudson, la Hull House creció hasta conformar un complejo de 13 edificios que alojaba escuelas, guarderías, gimnasios, clases de pintura y poesía, un coro, una banda, teatro étnico, clases de cocina y otros servicios. Alojaba a la mayoría de los inmigrantes recién llegados a la ciudad. Véase John C. Hudson, *Chicago a Geography of the City and its Region* (Chicago: The University of Chicago Press, 2006), 219.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 206.

<sup>12</sup> Louise Año Nuevo Kerr, "The Chicano Experience in Chicago, 1920-1970", tesis de doctorado, University of Illinois, Chicago, 1976, 44.

<sup>13</sup> David A. Badillo, "Incorporating Reform and Religion. Mexican Immigrants, Hull-House, and the Church", en Cheryl R. Ganz y Margaret Strobel (eds.), *Pots of Promise: Mexicans and*

*Pottery at Hull House, 1920-1940* (Urbana: University of Illinois Press, 2004), 39-40.

<sup>14</sup> Tenorio y Sanguino, *Orígenes de una ciudad...*

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> *Ibid.*, 29.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 26.

<sup>18</sup> José Antonio Aguilar Rivera, "Regreso a Babel", *Nexos* (enero de 1998), en <[www.nexos.com.mx/?p=8746](http://www.nexos.com.mx/?p=8746)>.

<sup>19</sup> Herbert Ingram Priestley, *La historia nacional mexicana* (Nueva York: Macmillan, 1923).

<sup>20</sup> José Vasconcelos Calderón y Manuel Gamio, *Aspects of Mexican Civilization (Lectures on the Harris Foundation, 1926)* (Chicago: The University of Chicago Press, 1926).

<sup>21</sup> Moisés Sáenz y Herbert Ingram Priestley, *Some Mexican Problems* (Chicago: The University of Chicago Press, 1928).

<sup>22</sup> Estas primeras tres conferencias de Vasconcelos fueron traducidas y publicadas por Heriberto Yepes (traducción de *The Latin America Basis of Mexican Civilization*, bajo el título, *La otra raza cósmica* [México: Almadía, 2010]).

<sup>23</sup> Ninguna de las conferencias ha sido traducida. Véase J. Fred Rippy, José Vasconcelos y Guy Stevens, *American Policies Abroad. Mexico* (Chicago: University of Chicago Press, 1928), en <<https://archive.org/details/mexico00jfre>>.

<sup>24</sup> José Vasconcelos Calderón, *Indología: una interpretación de la cultura ibero-americana* (Barcelona: Agencia Mundial de Librería, 1926).

<sup>25</sup> Vasconcelos y Gamio, *Aspects of Mexican Civilization*, 3.

<sup>26</sup> *Ibid.*, 5.

<sup>27</sup> Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina (México: Porrúa, 1973), 68-69.

<sup>28</sup> Vasconcelos y Gamio, *Aspects of Mexican Civilization*, 7.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 19.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 20.

<sup>31</sup> *Ibid.*, 21.

<sup>32</sup> *Ibid.*, 44.

<sup>33</sup> *Ibid.*, 45.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 53.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 65.

<sup>36</sup> *Ibid.*, 52.

<sup>37</sup> *Ibid.*, 59 y 74.

<sup>38</sup> *Ibid.*, 81.

<sup>39</sup> *Ibid.*, 88.

<sup>40</sup> *Ibid.*, 89.

<sup>41</sup> *Ibid.*, 92.

<sup>42</sup> *Ibid.*, 85.

<sup>43</sup> *Ibid.*, 93.

<sup>44</sup> *Ibid.*, 94.

<sup>45</sup> *Ibid.*, 98.

<sup>46</sup> *Ibid.*, 99.

<sup>47</sup> *Ibid.*, 102.

<sup>48</sup> Rippy, *American Policies Abroad. Mexico* (The Chicago: University of Chicago Press, 1928), 108.

<sup>49</sup> Vasconcelos y Gamio, *Aspects of Mexican Civilization*, 128-129.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 131.

<sup>51</sup> *Ibid.*, 139.

<sup>52</sup> *Ibid.*, 142-143.

<sup>53</sup> *Ibid.*, 142-143.

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> *Ibid.*, 94-95.

<sup>56</sup> *Ibid.*, 95.

<sup>57</sup> En *The University Record* xv, núm. 1 (enero de 1929): 36, se menciona la cancelación del contrato de Vasconcelos a partir del 1º de julio de 1928, como “Professorial Lecturer in the Department of History”.